

# CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 16 DE MARZO DE 1905

NUM. 486



## EL HOMENAJE

EL POBRE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.—¿APUESTA VUESA MERCED ALGO Á QUE NO QUEDA NADA PARA MÍ?...

# JUEVES DE QUEDEÓN



Pues señor, es el sino de las criaturas. Este Gobierno póstumo é interino de Villaverde no da señales de vida más que para fastidiar al prójimo. Vas, Calínez, á la Presidencia, preguntas por don Raimundo y te contestan: «No se le puede ver: está estudiando.»

—Eso de que no se le pueda ver me parece algún tanto exagerado. Ciertamente que no tiene grandes simpatías entre la gente, pero, vamos, puede lucir su barriguita coquetona en todas partes sin que nadie atente á su integridad abdominal. Es una especie de Azcárraga en canuto.

—Bueno, pues prescindes del canuto de Villaverde y te vas al Ministerio de Atocha con propósito de matar dos ministros de un tiro. Bien sabes que en ese parque ministerial viven pared por medio, mugiendo y balando, Lacierva y Vadillo. Preguntas por el primero ó por la primera, y obtienes en seguida esta respuesta: «No se le puede ver: está estudiando.» ¡Cómo hemos adelantado desde los tiempos de Esopo! piensas para tu sayo; hablar, si hablaban entonces las ciervas, pero no se sabía que estudiaran. Pasas á la otra escalera, anuncias tu propósito de contemplar á Vadillo y contarle algo alegre: ¡que si quieres! te despachan con la misma canción.

—¡Caramba, sí que es fastidioso!

—Pues te diriges al departamento de Besada con los labios preparados, y te sucede lo mismo. Intentas ver á Cobián subido al palo mayor del Ministerio que se hunde, é ídem de vala, que es como dice Cobián «ídem de lienzo». Hasta Ugarte, el sagaz y desconocido Ugarte, que parece un ministro con pseudónimo, hasta él se aísla de la humanidad y estudia. ¡Mira tú qué Gabinete de empollones! ¡Si se le tomaría por el Gabinete de una casa de huéspedes estudiantil, á fines de curso!

—Tienes razón; más que el Gobierno de D. Raimundo, parece la conocida casa de doña Raimunda, y en vez de llamar á aquél Presidente, habrá alguno que se equivoque y le grite: «¡patrona!»

—¿Y para qué estudian tanto esos huéspedes, Calínez?

—Lo mismo digo yo, ¿para qué estudian tanto?

—Para que los *cateen* en cuanto empiecen los exámenes, ó lo que es lo mismo, apenas se abran las Cortes.

—¡Ele!

—Se explica perfectamente que aquel que tenga alguna probabilidad, por mínima que sea, de examinarse y ganar curso, *empolle* horas y horas, agarrándose en último extremo á un remediavagos ó á un presupuesto con reorganización de servicios; pero el que sabe que le van á suspender apenas abra la boca, ó sin abrirla todavía, ¿por qué demonio se dedica á perder el tiempo empollando? ¿No tiene

ninguna otra cosa que hacer D. Raimundo? ¿Se ha retirado ya de las lides que tanta fama le dieron, y en las cuales tan apetitosas y ajamonadas victorias conquistó?

—Puede que sí. Según mis noticias, el Presidente del Consejo de Ministros, á causa sin duda de tantos estudios y quebraderos de cabeza, no disfruta de la cabal salud que todos por cartas nos deseamos. No está malo, lo que se llama malo, pero padece casi continuamente una excitación nerviosa, una ráfaga de esa endiablada neurastenia, que tanto persigue y abate á los grandes cerebrales.

—Algo de eso he oído yo también. Sobre todo cuando le llevan en automóvil, se le desarregla inmediatamente todo el sistema nervioso.

—Y es lo peor, que las fuerzas quebrantadas durante el día por los viajes en automóvil y el estudio de los presupuestos, no hallan en el descanso nocturno su natural reposición y acoplamiento. Villaverde sufre terribles insomnios, y cuando al fin y al cabo se aletarga, padece atroces pesadillas.

—¡Infeliz D. Raimundo!

—Le ha dado por ensoñar con el huerto del Francés.

—¿Y que le asesinan en el huerto?

—No; ¡que le mandan á escardar cebollinos!

—¡Qué pesadilla más espantosa!

—Otras veces no escarda cebollinos.

—¿Pues qué hace?

—Le envían á freir espárragos.

—Operación difícilísima.

—Casi más difícil que la de sanear la peseta. Así es que el hombre se levanta del lecho sudoroso y jadeante, y apenas se calza y se viste, ya está haciendo visitas.

—¿Visitas? ¿Para qué?

—Para confirmar ¡oh dolor! la certeza de sus sueños ó para recobrar alguna confianza, cerciorándose de la vacuidad de aquéllos. Va, por ejemplo, á casa de Maura, y le dice á éste: «He soñado ayer noche, D. Antonio, que me mandaban ustedes á escardar cebollinos. ¿Es cierto que ustedes tienen ese propósito?» Maura le contesta «que no hay tales cebollinos, sino que tendría durante el sueño las manos mal puestas, circunstancia muy ocasionada á los ensueños», y le despide cariñosamente dándole el primer golpe en la barriga. Sale casi feliz y tranquilo el Presidente de la casa de la calle de la Lealtad (por mal nombre), y de pronto se acuerda que en la pesadilla se le apareció también Silvela mandándole á freir espárragos. Nuevo viaje á la calle de Lista. «Anoche he soñado, D. Francisco, que me mandaban ustedes á freir espárragos. ¿Tienen ustedes realmente ese capricho?» Silvela, á ejemplo de Maura, le responde «que no hay tales es-

párragos, sino que tendría durante el ensueño las manos mal puestas», y le da cariñosamente otro golpecito en la barriga.

—Vamos, y D. Raimundo se quedará completamente satisfecho.

—Sí, hace publicar en *La Epoca* un suelto oficioso diciendo que no es verdad que sus cariñosos correligionarios le envíen á arrancar cebollinos ni á freir espárragos; mas transcurridos breves momentos de satisfacción y confianza, de pronto se siente padre...

—¡Cielos! Pero, en fin, está en su derecho; y en último caso, no creo que ese sentimiento le produzca grave contradicción.

—¡Pero es que se siente padre Padilla!

—Entonces, no hay más que irse con todos los papeles de la Presidencia.

—Figúrate, Calínez, si con tales fatigas, tales estudios, tales ensueños y tales paternidades, no es para estar un poco neurasténico. Y que los compañeros de Gabinete no pueden reintegrarle la salud con los sedantes y paliativos de su buena amistad, porque como todos ellos están estudiando, les es absolutamente imposible ocuparse de la salud de D. Raimundo. No le queda á éste otro remedio que sumirse asimismo en el estudio y dedicarse con todas sus fuerzas á empollar en vinagre.

—No es, efectivamente, nada envidiable su situación.

—Y ahí tienes, ¡oh Calínez! el verdadero cuadro de la política actual: ocho señores con un presidente algo neurasténico empollando en vinagre, y dos autoridades sueltas, condes ambas é inútiles las dos, dedicadas á molestarnos. El Conde de San Luis, que nos suprime el derecho de reír los chistes del género chico más allá de las doce y media de la noche, y el no menos Conde de Mejorada del Campo (título semejante á la lluvia cuando cae oportunamente), que de golpe y porrazo nos ha amputada la Piñata. Por eso te dije anteriormente que este Gobierno de Villaverde no hace más que estudiar y molestar al prójimo. ¡A ver si llegan pronto los exámenes y le dan de una vez calabazas!

—¿A quiénes?

—A esos ministros estudiosos.

—¿Calabazas á los ministros? ¿Pero es que han de decapitarles previamente?

—No creo que la cosa llegue á tanto. Les enviarán, conforme á los sueños de D. Raimundo, bien á escardar cebollinos ó bien á freir espárragos.

—¡Cebollinos, espárragos, calabazas! ¡Pero eso no es un Gobierno, eso es una merienda vegetariana! Ya sé cuál va á ser la primera oración parlamentaria que pronuncie Villaverde en el Congreso: «¡La oración del Huerto!»



### LA FIESTA DEL DOMINGO

EL CARNAVALESICO BESADA.—SEÑORAS Y SEÑORES: SUPRIMIDA POR LA AUTORIDAD COMPETENTE LA ÚLTIMA FIESTA DEL CARNAVAL, NO DEBEN USTEDES APURARSE: VEAN, VEAN QUÉ BIEN LES HE HECHO LA PIÑATA.

## La toma de Fuencarral por los carlistas

La gente, muy atareada en estos últimos días con la lectura de los despachos de la ya vivita y fresca toma de Mukden por los japoneses, no ha puesto mientes en otro muy importante suceso que á sus espaldas se ha desarrollado con el mismo éxito feliz que si Kuroki hubiese intervenido en él.

Ni la gente, ni las autoridades, ni mucho menos nuestro gobernador cuenta-gotas, que fuera de la porfía de la media hora no se sabe para qué fines vino al mundo, han tenido la menor noticia de tan formidable acontecimiento.

Sí, señores, sí; con la pérdida de Mukden para los rusos, ha coincidido la pérdida de Fuencarral para los madrileños.

¡Dos efemérides que ha de registrar la historia en desventurado consorcio!

La toma del inmediato pueblo de Fuencarral por las huestes de la juventud del carlismo, se ha hecho sin derramar una sola gota de sangre, sin un disparo, sin la más insignificante algarada.

Fuencarral cayó en poder de los amigos y admiradores de D. Carlos, á la francesa, si se nos permite la frase, y si no se nos permite, lo mismo; cayó á la francesa, es decir, por el nuevo sistema de la penetración pacífica, estrenado recientemente en Marruecos con tan buen éxito, que á los de Fuencarral les ha parecido muy bien la *reprise*.

Bromas aparte, es lo cierto que nuestra nacionalidad ha sufrido un importante desprendimiento. Las colonias se perdieron por... bueno, ya saben ustedes por quién las perdimos; en algunas regiones de España fructifica el germen de la idea separatista, y para colmo de desgracias, Fuencarral, ese adorable Fuencarral, nos es arrebatado por las huestes del tradicionalismo; se nos va.

¡Temblemos por el inmediato Chamberí!

¡Quién sabe si muy pronto ambos serán para nosotros las lloradas Alsacia y Lorena!

En nuestro querido colega *El Correo Español* encontramos una minuciosa relación de tan importantes sucesos.

Según dice el caro *confrère*—hay que ser amable con el conquistador,—en dos ómnibus llegaron á Fuencarral los expedicionarios. Desde el pescante, uno de los más tradicionales gritó al divisar el caserío: «¡tierra!» con el mismo entusiasmo que el vigía de la nave de Colón. Al ver los pacíficos habitantes de Fuencarral que en la plaza—también tradicional, naturalmente,—se detenían los dos ómnibus, debieron decirse para sus adentros: «¡Valiente boda nos ha caído!» Si, sí, boda. ¡Qué lejos estaban de pensar que en los dos ómnibus venían nada menos que unos conquistadores dispuestos á todo!

Entre los excursionistas—son palabras de *El Correo Español*—figuraban tres señores sacerdotes. Excusado es decir, añade, que tratándose de carlistas y de gente joven—¿por qué no añadir «y de tres sacerdotes»?—la animación no decayó durante el camino.

¿Considerarían la conquista de Fuencarral cosa segura, cuando ni por un momento se turbó la juergueta del ómnibus?

Pero á la llegada, los expedicionarios se sintieron un tanto cariacontecidos.

¡No encontraban local para la celebración del mitin de propaganda en la ciudad baluarte de las verduleras, en el pequeño Mukden de las hortalizas!

Y con mucha razón dice el órgano de los tradicionalistas:

«Les asustaba, por lo visto, la idea de que resurgiese el carlismo, allí donde parecía estar muerto, después de una historia de tan probada lealtad al derecho proscripto.»

Ya se sabe. Nombres que registra la historia: Sagunto, Numancia y... Fuencarral, y si me apuran ustedes, Chamberí por Hortaleza.

Pero como los amigos y admiradores de D. Carlos estaban decididos á celebrar el acto, después de reconocer *todo* Fuencarral, aun los barrios más populosos (?), no encontrando mitin donde ahorcarse, decidieron por unanimidad de los dos ómnibus verificarlo al aire libre y á espaldas de la casa de un formidable correligionario.

Y añade nuestro buen colega:

«Aunque la tarde estaba despejada y el sol brillaba espléndido en el horizonte, el viento frío y fuerte que reinaba hacía desagradable la estancia en aquel sitio.»

Por lo visto, las ideas fueron acogidas con poco calor y no llegaron á dulcificar la temperatura.

La concurrencia, sin embargo, fué numerosa; todos los desocupados de Fuencarral y los mozos que regresaban del campo, viendo tanta gente en aquella explanada, detenían el paso, creyendo oír un tango nuevo, ó las excelencias de un mágico elixir para curarlo todo, ó la relación terrorífica de algún crimen, cualquier cosa menos que los carlistas habían entrado en Fuencarral.

Algo se tranquilizaron los ánimos cuando oyeron á uno de los oradores decir que «no venían á perturbar la paz ni á realizar mal alguno, sino á darse á conocer y á echar los cimientos de la Juventud carlista de Fuencarral.»

Los albañiles del pueblo se alegraron mucho con lo de los cimientos, porque ya les había caído trabajo para todo el año y, naturalmente, aplaudieron.

Después hizo uso de la palabra, uso nada más, el Sr. Suero, que trató de inocular á los oyentes las nuevas ideas, y luego otros señores, y terminó el último tradicionalista de la tarde asegurando «que no se marcharían de Fuencarral sin llevar el convencimiento de que sus palabras no habían caído en el vacío.»

¡Pero, hombre, no habían de caer en un mitin al aire libre!

De todos modos, Fuencarral ya está inoculado por el Sr. Suero.

Se anuncia muy próximamente la toma de Carabanchel Alto y Bajo respectivamente, y Aravaca, por la juventud carlista de Madrid.

Nos alegramos por los ómnibus; ahora que no hay toros, ya se sabe: ¡á dos reales, jóvenes tradicionalistas!

## UNA MEJORA

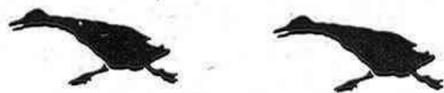
Por si con la lotería de vacunación no basta para acrecentar su nombre, para eternizar su fama, nos dió otra nueva mejora nuestro alcalde, Mejorada... Se puso grave y austero—que es cosa que hoy está en alza—y se sintió reformista, por no quedarse á la zaga de los moralizadores que nos educan y salvan; y practicando su oficio, suprimió de una plumada la fiesta inocente y vieja del domingo de Piñata. Considerando bastantes los cuatro días de máscaras, no permitió que insistieran en sus gritos y en sus gracias los que en Carnaval disfrutaban con tan modestas gansadas... ¡y acabó con un Domingo respetable por sus canas!... ¡Carape con el buen Conde! ¡También es un genio, vaya!... Del de San Luis tuvo celos sin duda; esgrimió su vara y nos quitó otra costumbre más insípida que mala. Yo sé que le han censurado por tan modesta alcaldada; yo sé que muchas personas serias, decentes, sensatas, de esa medida tan pobre se sorprenden y se extrañan... A mí nada me sorprende, yo no me extraño por nada, ¡que ya, sin humor ni fuerzas, las censuras se me acaban!... Mas... ¿no les parece á ustedes que va siendo demasiada la manía reformista que por todas partes salta? En esta ocupación triste—que da verdaderas ansias,—todas las autoridades grandes, chicas y medianas, consumen sus energías y todo su esfuerzo gastan... ¡Es para hacernos felices, ricos ó sabios?... ¡De ganas! ¡Es para llevarse el poco buen humor que nos quedaba!... Con que, dentro de unos años, nuestra venturosa patria parecerá un falansterio lleno de gentes extrañas, serias como las levitas y tristes como las cabras. ¡Vitores al buen alcalde que, hijo de las circunstancias, puso su grano de arena para formar la montaña! Y alabemos su mejora, gozosos por alabarla, ya que una costumbre antigua nos deja desmejorada.





## EL CIERRE... DE LOS PERDIGONES

LOS AUTORES NO HAN SIDO HABIDOS



### CON MOTIVO DEL HOMENAJE

Así como existen periódicos de los que el público no tiene la menor idea, que sólo se ven en las contadurías de los teatros, hay también sociedades, academias, núcleos y nucleitos que sólo se dan á luz con pretexto de cualquier juerga literaria, artística, ó similar.

No podía, naturalmente, librarse la apoteosis de Echegaray de la intrusión de estos centros. Hasta ahora son más de doscientas las sociedades absolutamente desconocidas que se han asociado al homenaje, representadas, naturalmente, por una legión de Lupitínees formidable.

Igualmente se han adherido varias estudiantinas y orfeones, que lo mismo hacen á carnavales que á homenajes.

El propio gremio de ultramarinos también envía su representación, y es posible que el de tripicalleros y mondongueros, con sus estandartes correspondientes.

Lo que dirán los del gremio:  
—Un día de homenaje y un día más de juerga.

Que aquí todo termina en algo parecido: en pasar el rato, la gran finalidad de nuestro país.

## Lectio epistolæ...

Costa, incansable amanuense,  
de la epístola devoto,  
de nuevo el silencio ha roto  
para el Comité onubense.

Y como es hombre invencible  
si tiene un tintero al lado,  
de nuevo nos ha *epatado*  
con otra carta terrible.

Ya es cosa de sonreír  
si uno se pone á pensar:  
«¿Dónde irá Costa á parar  
con tanto y tanto escribir?»

Pues al ver que la respuesta  
que busca, jamás recibe,  
resulta que el hombre escribe  
¡pero nadie le contesta!...

De su constante sermón,  
sin duda, las gentes hartas,  
tal vez piensen que sus cartas  
no tienen contestación;

pero su ánimo se abate  
viendo que Costa les grita,  
quedándose en su casita,  
sin lanzarse en el combate.

¡Venga á la lucha el amigo,  
déjese de criticar;  
que una cosa es predicar  
y otra distinta el dar trigo!...

Quién más, quién menos, trabaja  
con la fe que le sostiene;  
Costa, en tanto, se entretiene  
mostrándonos la baraja...

\* Mejor que esgrimir la diestra  
sobre las blancas cuartillas,  
es salir de sus casillas  
y bajar á la palestra;

pues la epistolar campaña  
que emprende una ociosa mano,  
sólo aprovecha al anciano  
«cartero mayor de España».

Esto escribo, porque siento  
que en esa futilidad  
se emplee su voluntad  
y malgaste su talento,

y porque sé que ni en Móstoles  
reaniman la nueva fe  
las estrepitosas e-  
pístolas de los Apóstoles.

¡Y qué carta nos endilga!  
«Toda España es un corral»,  
—dice en ésta.—¡Y menos mal  
que no dijo una pocilga!

«Se acabaron los varones,  
que hoy todos tascan el freno,  
y este corral está lleno  
de gallinas y capones...»

La afirmación es osada...  
Muchas gracias, y estimando...  
pero ¿en qué bando, en qué bando  
se incluye usted, camarada?...

Yo, por mí, no me confundo,  
pues respondo y soy sincero:  
«Me gusta mucho el primero,  
¡mas no estoy en el segundo!»

Tal vez si el dolor me abrumba,  
si un nuevo mal se avecina,  
tenga carne de gallina...;  
mas ¿de lo otro?... ¡Ni una pluma!



## El «entornado»

Gedeón siente deseos de felicitar al  
Conde de San Luis.

No es que le sea simpático el triste-  
mente célebre Gobernador de la provin-  
cia, ni que le crea capaz de hacer la feli-  
cidad de sus pacientes súbditos, después  
de haberles molestado bastante; no: Ge-  
deón siente ganas de felicitarle porque  
va resultando el único carácter que nos  
queda.

¿Quién se atreve á dudarlo?

Hasta ahora ha hecho cuanto se ha  
propuesto hacer, sin ceder ante las cen-  
suras, las quejas ni las protestas de nadie.

Cerró tempranito los cafés, dispuso  
que los tranvías se recogiesen á la una, y  
suprimió la última pieza de nuestros tea-  
tros por horas, á pesar de todos los pe-  
sares.

Yo no sé qué pensará Costa de este  
hombre que se atrevió á suprimir varias  
piezas en estos tiempos de escasa virili-  
dad; tampoco sé cómo le juzgarán los  
concurrentes á la cuarta de Apolo, ni las  
alegres comadres que iban á este teatro  
también en busca de la cuarta... Segura-  
mente le juzgarán mal, coincidiendo con  
el *elemento neutro*, que no se aviene á esta  
lenta pero continua invasión de la triste-  
za en la antes regocijada y amable capi-  
tal de España.

Pero los hechos son más elocuentes  
que Melquíades Alvarez; y los hechos  
demuestran que el señor Conde es todo  
un carácter.

Si algo le faltaba para demostrarlo,  
ahí está, casi vivito y coleando, su último  
y definitivo triunfo en la cuestión que  
han llamado los periódicos «el cierre de  
los teatros», y que debió llamarse «el  
entornado». Porque, como ustedes re-  
cordarán, nuestros coliseos no cerraron  
sus puertas: las entornaron solamente.

¡Mal quedaron los autores con sus vein-  
ticuatro horas de energía! ¡Mal quedaron  
los empresarios con su solidaridad por  
compromiso! ¡Mal quedaron los actores,  
atropellados en sus «sacratísimos intere-  
ses morales»—como ellos decían,—y por  
esta vez sin apuntador!... ¡Mal, muy  
mal!... El único que quedó bien fué el  
señor Gobernador, aunque nos cueste  
cierto ruborcillo el confesarlo. Por eso  
Gedeón, que admira bastante la tozudez  
donde quiera que se manifieste, siente un  
vago, un ténue, un débil deseo de feli-  
citar al Conde de San Luis.

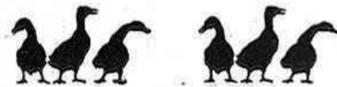
¡Aprendan los autores en Su Exce-  
lencia, por si quieren crear uno de esos ca-  
racteres sostenidos que piden á diario  
los críticos del anciano régimen!... Na-  
die como él se ha sostenido tanto en un  
alto y peligroso puesto, manteniéndose  
firme en sus decisiones y salvando el sa-  
grado principio de autoridad... Y un hom-  
bre que salva el principio, es digno casi,  
casi de un homenaje.

Aprendan los autores... Es decir,  
aprendan primero á no meterse en líos  
sin tener bien preparado el terreno; á  
mirar un poquito más alto; á luchar por  
el fuero más que por el huevo, y á otra  
porción de cosas que necesitan demostrar,  
para que su flamante Sociedad ocupe el  
sitio que le corresponde...

Y ahora me fijo en que esto me ha sa-  
lido más serio que el famoso asunto del

cierre de los teatros... Aquí todo resultó  
cómico. Desde la actitud de Cirera y  
compañeros mártires (mártires de los au-  
tores, según declaración propia), hasta la  
gallarda postura de Sinesio ofreciendo  
sus piecitas en clase de esquiro, y  
en vista de que no se hacen en ninguna  
parte.

Y es que, con respecto al llamado «mun-  
do de bastidores», lo mejor que se ha  
dicho lo dijo Arderius hace muchos años.  
Y todos lo sabemos de memoria.



## ...Y armas al hombro

Entre esto del homenaje y lo otro de  
la derrota de Kuropatkine, se nos  
han colado de momio unos diputados  
provinciales, que yo entiendo, como se  
decía en los gloriosos tiempos de *El Gran  
Galeoto* y de *Salón Eslava*, ó de Calvo-  
Vico y de Zamacois-Julio Ruiz.

¡Vaya unas eleccioncitas las del señor  
González!

No han sido sólo elecciones besadas,  
sino más, mucho más: vamos, unas elec-  
ciones... lo que suele haber después de  
besadas.

Los gallegos en Galicia,  
cuando hacen una elección,  
pegan cada pucherazo  
que tiembla Gobernación.

Tanto bailé con González Besada,  
que traigo el acta todita embarrada,  
etc., etc.

Porque eso no han sido elecciones.  
Ha sido una muñeira.

Por supuesto que, según se había  
anunciado, el pucherazo ha sido de  
acuerdo con los demócratas y liberales.  
Cantemos con la misma música:

Los gallegos en Galicia,  
cuando apanan elecciones,  
las hacen con Canalejas,  
las hacen con Romanones.

Y luego tapan las ollas del pote  
con una lata del noble Morote.

—Mire usted qué acta que traigo tan *susia*...  
y qué bien sé lo que pasa por Rusia.

Eso, sí. A nosotros no nos importa  
gran cosa lo que suceda en las Di-  
putaciones, ni que muchas de ellas sean  
dignas imitadoras de la de Murcia y de  
los murciantes, que dejan morir de  
hambre á los asilados.

Pero, en cambio, no sabe usted lo  
acongojados que estamos con el arreglo  
de los *zemtsovs* rusos.

Los cuales, entre los artículos de Mo-  
rote y las traducciones de Maucci, nos  
los sabemos de memoria.

¡Qué felicidad vivir en un país donde  
todo el mundo es descendiente del me-  
morable corregidor de Almagro!

—¿Qué opina usted del triunfo de don  
Simón Sánchez, el notable escritor erótico  
y veterinario al par?

—¡Déjeme usted, hombre! A mí los  
que me interesan son Nogi, Nodzu,  
Oku y Kuroki...

Y nada, no hay manera de que la gen-  
te se entusiasme al saber que nuevamente  
se va á sacrificar por los intereses de la  
provincia D. Enrique García de la Rasi-  
lla, de quien contaban las malas lenguas



## FRASE HECHA

LA PRIMERA PALABRA ES ACOSTARSE; LA ÚLTIMA, GALLINAS

AL QUE LA ACIERTE SE LE REGALARÁ UN PERMISO FIRMADO POR EL CONDE DE SAN LUIS PARA ACOSTARSE TEMPRANITO.



que antes solía escribir al pie de sus tarjetas las señas de su casa de este modo: *Pez, 107, casa propia.*

Únicamente en Valencia se ha representado la obra con el oportuno derramamiento de sangre.

Siempre es bueno que haya quien se deje descalabrar ó cortar una vena en holocausto de nuestro excelente amigo Rodrigo Soriano.

Aunque nosotros no estamos muy enterados, suponemos piadosamente que ahora no seguirá la lucha con los blasquistas.

Ya resulta que no es blasquista ni el propio Blasco Ibáñez.

Luego tampoco tenía la culpa nuestro admirado amigo Vicente.

Es que la gente se zurra la badana ó se hace pupa por puro amor al arte... y á la Diputación provincial.

Bien dice nuestro predilecto vate don Simón Sánchez, poeta en frío y á fuego:

—La vida es un misterio impenetrable.

Pero, por si acaso, penetremos en la Diputación, que es otro misterio por el estilo.

Lacierva, por su parte, está resuelto á regenerarnos mediante la subida de sueldos al magisterio.

La medida es magnífica, sobre todo si se tiene en cuenta que no ha de haber Presupuestos ni se ha de realizar nada de lo dicho.

Pero á Lacierva le deja tamañito un ciudadano de Castellón de la Plana, quien después de varias ligeras vaciedades relativas á la Humanidad (así, con H mayúscula) y á la Naturaleza (también con versal), suelta los siguientes párrafos, que no resistimos al deseo de copiar:

«¿Que cómo podrán los pueblos conocer su estado, capacitarse de su fin y saber relacionarse con el exterior?»

«Mediante una educación integral para cada individuo, que conseguiría en la escuela graduada y con limitada asistencia.»

«Esa escuela no es difícil, porque está en la misma familia y podría practicarse dentro de un corto espacio de tiempo, sólo con un decreto que exigiera á los que van á contraer matrimonio...»

¿Qué dirán ustedes que exigiría el señor Fuertes (se llama Fuertes el amigo) á los que van á contraer matrimonio?

«EL TÍTULO DE MAESTRO»

Así, como suena: publicado en el *Heraldo de Castellón*, que nos remite un correligionario.

Vean ustedes una idea maravillosa que no se le había ocurrido á Lacierva.

Confiesen ustedes que esto es absolutamente, inesperadamente nuevo.

Y dados los impulsos de reglamentación que ahora nos dominan, nada tendría de extraño que el Gobierno acordase algo en ese sentido.

Ya tenemos obligación oficial de acostarnos á la hora que disponga la primera autoridad civil de la provincia; de consagrar á la penitencia y al rezo de nuestras horas canónicas los domingos de piñata, cuando lo ordene el señor alcalde nombrado de R. O. y de S. J.; de no asistir á las corridas de toros sino cuando lo consientan los señores sacristanes y chupacirios mal disfrazados de la Junta de Reformas Sociales; de tributar homenajes espontáneos á los personajes que acuerde el Consejo de Ministros...

Total, lo único que podía uno hacer hasta ahora con cierta libertad, era desposarse *in facie Ecclesiae* con la desgraciada que accediera á tan descabellado propósito.

Pero, ya verán ustedes cómo prevalecen al cabo las ideas del Sr. Fuertes, sobre todo en atención á que no son ideas ni nada, y dentro de poco no podremos ni satisfacer el divino mandato del *Crescite et multiplicamini* sin que se nos exijan ciertas condiciones taxativamente determinadas por Lacierva ó por quien corresponda.

¡Cuando digo que los artículos de Morote son tan providenciales cuanto prolijos!

De aquí á poco, organizaremos los *zemstvos*, se implantará el uso del *knut* á todo pasto, y seremos una pequeña Rusia... en Madrid moderno.

Kuropatkines no nos faltan, y muy bien vistos donde repican gordo.

Y en cuanto al Santo Sínodo... no conocemos otra cosa.

Tenemos que rectificar un rumor absurdo que circuló el día de las elecciones provinciales.

Se dijo que el Sr. Salmerón (D. Nicolás) había penetrado en un colegio electoral acompañando al candidato republicano Sr. Armiñán, ¡y había roto una urna!

Claro está que nosotros no lo creímos, dada la respetabilidad del insigne jefe de los republicanos, que en su vida ha roto nada, ni siquiera en la época de la juventud y de los excesos.

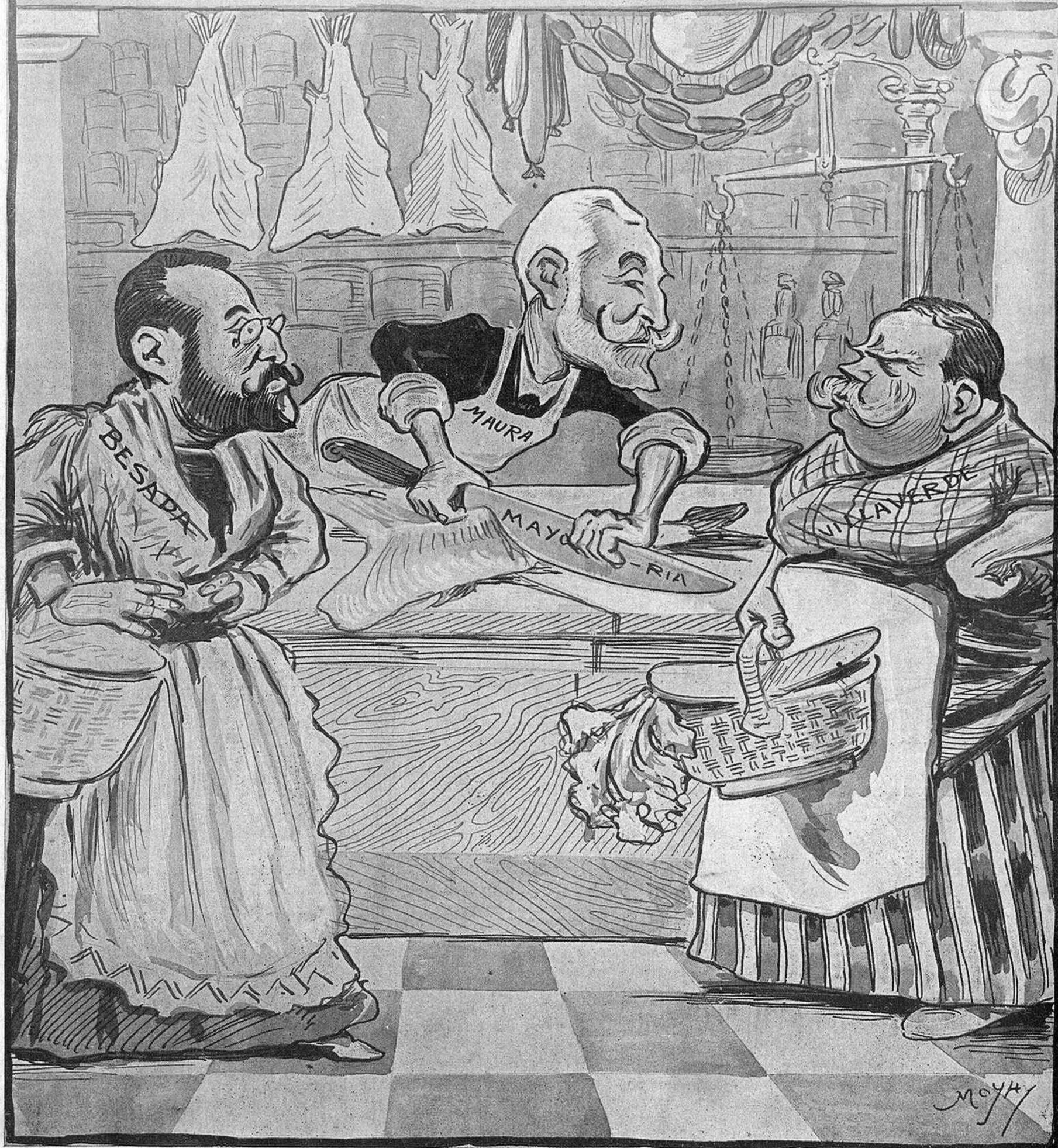
Lo que sucedió fué lo contrario:

No fueron el Sr. Salmerón ni el señor Armiñán quienes rompieron la urna.

Fué la urna la que rompió al candidato republicano.

A cada cual lo suyo, como dice *La Epoca*.

66  
"LA ESPAÑA"  
TIENDA DE ULTRAMARINOS DE  
A. MAURA



CUARESMA CONSERVADORA

EL ULTRAMARINO BALEAR.—SE COMERÁ EN NUESTRAS CASAS MIENTRAS YO QUIERA, PORQUE SOY EL QUE  
CORTA EL BACALAO.